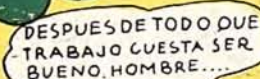
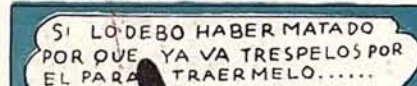
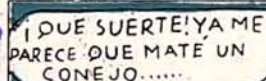
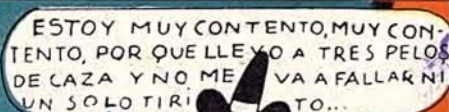
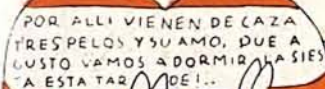
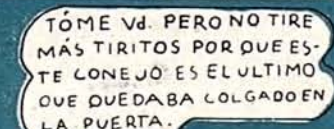


23

# los chicos los bi- chos y las muñecas



# el perro frespelos





A detailed black and white cartoon illustration by Oscar Schulz depicting a chaotic scene of destruction and chaos in a town square. The scene is filled with people running, falling, and being thrown around. A large explosion or fireball dominates the center-right, with debris flying everywhere. In the background, there are buildings, including one labeled "OSCAR SCHULZ MEDICO" and another with a sign that says "ULTRINOS". A horse-drawn carriage is overturned, and a man is riding a bicycle through the wreckage. A sign in the foreground reads "OBRAS PUBLICAS" (Public Works). The overall tone is one of absurdity and social commentary.

**el perro,  
el ratón y  
el gato...**

00





(Continuación.)

#### ESCENA IV

VIZCONDE Y TORIBIO

(El vizconde del Trampolín sorprende a los servidores soplando los popeluchos y se queda muy serio mirándoles, hasta que los dos, como dos perros con las orejas gachas, salen de la habitación. Entonces él es el que se agacha a recoger los papelitos.)

Va vestido fantásticamente, con un sombrero de copa, recto como una chimenea, que deja en una silla; batín casi hasta el suelo, bandas de colores cruzadas, y barba y bigote de algodón, abundante. En la solapa, un alfiler preparado.)

Vizconde.—¿Qué papelitos serán estos que descifrabán esos bribones? ¿Serán señas para algún robo que quieran hacerme en combinación con ladrones de fuera? Veamos qué es lo que dicen. (En la mesa va casando los papeles, y leyendo muy despacio.) “Salga es-ta noche pa-ra la lí-ne-a de fue-go se-gún us-ted mis-mo ha so-li-ci-ta-do. He-mos vis-to con gran a-le-gría su fra-se de ven-cer o mo-rir. El ge-ne-ral Cas-ta-ña de In-días.” (levanta la cabeza y exclama:) ¡Caramba, caramba! No sabía yo que el asistente de mi hijo fuera tan templado. Voy a felicitarle. (Llama al timbre, que suena.)

Chat.—(Entrando.) ¿Llama su excelencia?

Viz.—Dígale al asistente Toribio que se presente al señor vizconde.

Chat.—Inmediatamente, señor vizconde. (Se va.)

Viz.—¡Qué simpático Toribio! Me alegra que mi hijo tenga tan buena gente a su lado.

Tor.—(Entrando tímido.) A la orden de su excelencia.

Viz.—¡Hola valiente!... A morir, ¿eh?

Tor.—¡Ay, señor vizconde! ¿Qué me dice? ¿Me matan ya? (Se aterra.) (Aparte.) ¿Me matarán por lo del puro?

Viz.—Hombre... yo no digo tanto; pero será lo más probable... A los valientes, ya se sabe...

Tor.—¿Y quién le ha dicho a su excelencia que yo soy un valiente? ¡Calumnias!

Viz.—No disimules. Tú mismo lo has dicho.

Tor.—Me habré equivocado...

Viz.—En este telegrama te dicen que tú has dicho: “Vencer o morir.”

Tor.—¿Yo?... Yo no he dicho eso; lo que yo digo es: “correr o salir corriendo...”

Viz.—Entonces, ¿para quién es este despacho?

Tor.—Señor vizconde, para su hijo el capitán Chonchilla.

Viz.—(Asombrado.) ¿Pero mi hijo vuelve otra vez a la guerra?

el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



Tor.—Lo que diga el papelucho ese...

Viz.—Dice que sí.

Tor.—Mírelo bien, señor vizconde; léalo una y mil veces, no sea que su excelencia se haya "colao". (Gime.)

Viz.—(Indignado.) ¡Mi excelencia no se cuela nunca! ¡Yo no tengo posos! (Cambiando de tono y entristeciéndose algo.) Esto está bien claro, por desgracia, para este anciano padre...

Tor.—Pégume... Pero mírelo otra vez, no sea que se haya perdido en algún roto de esos algún "no" que diga: "No va usted a la guerra", en vez de decir: "Va usted a la guerra".

Viz.—No me mancho yo mi mano de vizconde para pegarte; pero tampoco falta ni una mota de papel, hijo mío.

Tor.—Pues nos han "reventao"... Y perdone que se lo diga así.

Viz.—Llama a mi hijo. Quiero abrazarle.

Tor.—A ver si le convence su excelencia.

Viz.—¡Eso nunca! La patria, nuestro buen pueblo de la Triponcia, en guerra con los negros del País de la Caña, es antes que mis egoísmos. ¡Llámale!

Tor.—(Suplicando.) ¡A ver si le convence su excelencia!...

Viz.—(Gritando.) ¡Corre a llamarle, o te dejo chato con la suela del zapato!

Tor.—(Asustado.) ¡Ay! Voy... (Aparte.) En alhuya se me convence en seguida.

(El vizconde se sienta penastivo y coge el periódico.)

Viz.—Aquí lo dice: "La guerra con los negros. Se dice que un valiente capitán saldrá para la línea de fuego y resolverá para siempre este conflicto." (Levantando la cabeza.) ¡Oh, todos los vizcondes del Trampolín hemos sido valientes y listos! ¡Lástima es que a mí no se me haya presentado ocasión mas que de estar-me al fresquito!... Pero mi hijo es tan inteligente y templado como cualquiera de los Trampolines... ¿Me lo matarán? (Se limpia unas lágrimas.) Tengo confianza en él.

## ESCENA V

### DICHOS Y CHONCHILLA

(Entra muy despacito Chonchilla, y detrás su asistente. Se queda mirando al viejo pensativo.)

Tor.—(En voz baja.) Mire, mi capitán, al noble anciano: qué pena tiene porque se le va el hijo a la pelea. ¿No le remuerde a usted un poquillo la conciencia?

Chon.—¡Calla, cobarde! (Al vizconde, con pena.) ¡Padre!...

Viz.—(Levantando la cabeza y escondiendo el pañuelo para que no le vean llorar.) ¡Bendito seas, hijo mío! No has esperado a que la patria te llame. Tú llevas tu sable a su defensa, a pelear con bravura.

Tor.—(Aparte.) ¡Atiza, con las que se sale ahora el viejecito!... ¡Me ha hecho polvo!... ¿Por qué no irá él de asistente?...

Viz.—Ya que tu padre es anciano y no puede ir como sería su deseo, tú pelea por él como si dentro de ti hubiera dos soldados valientes.

Tor.—(Aparte.) ¡Uy, qué negro lo veo ya!

Chon.—Así lo haré, padre. Derramaré nuestra sangre por la Triponcia.

Viz.—No te importe derramar la mía antes que la tuya, ¿eh? Yo aquí te espero... ¡Vivan los triponcios templados como tú!

Tor.—Perdone su excelencia el señor vizconde que le advierta una cosa: para que vivan los triponcios templados, como usted grita, lo mejor es que no vayan a la guerra.

Chon.—(Guiñando un ojo al vizconde.) Este quiere ir solo, por lo visto: todo su afán es que yo me quede... Pero ir él.

Tor.—¡Phs! Le diré a usted...

Chon.—(Imponiéndose.) ¿Verdad que sí?

Tor.—(Acobardado.) Sí... Sí, señor capitán... Sí... Lo que usted quiera...

Chon.—¡Bravo! Así me gusta... (Ríe.)

Viz.—Y a mí también me gusta. Toma, por valiente. (Corta un pedazo de papel que hay en la mesa y se lo prende en el pecho con el alfiler, como una condecoración.) Te pongo este pedazo porque tiene un anuncio en medio que dice: "Gallinas. Las mejores las vende Juan Canguelo, calle del Miedo, 15."

(Suenan el timbre.)

Chon.—(Saludando militarmente durante la ceremonia.) Asistente Toribio: yo, como capitán vuestro, me honro mucho al ver que un soldado mío consigue tales honores en la campaña del Pánico...

Chat.—(Apareciendo.) Señorito Chonchilla, ahí están sus amigos don Pepe Botijo y don Blas Escobitas.

Chon.—Que pasen aquí mismo ese par de barbianes.

Chat.—Está bien, señorito. (Se va.)

Viz.—Yo me retiro. (Con gestos de comilón.) Voy a avisar al cocinero que, como despedida, prepare una buena comida para tus amigos y para nosotros. Sopa de gotitas de limón, cocido de gotitas de menta...

Chon.—¿Y de pescado?

Viz.—Bizcochos, querido hijo. Y de carne, bombones. Y de verduras, caramelos de frutas.

Chon.—¿Y de postres?

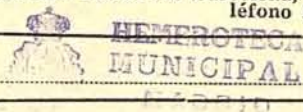
Viz.—No sé, no sé... Pocos dulces, ¿eh? Ya sabes tú que no soy muy goloso. En fin, tú no te preocupes..., que yo me sé arreglar un menú... ¡menudo!... (Se va por el lado contrario al que traigan los amigos, y haciendo gestos de comilón.)

Tor.—¿Manda algo mi capitán?

(Se continuará.)



Este ejemplar pertenece a



## El Ratón Bombón

Voy a contar lo que me pasó  
con las mariposas grandes de la  
casa de campo donde me instalé  
una temporada.

## XXIII. — El bonito juego de las seis mariposas

Por aquellos montes había una  
plaga, o casi plaga, de mariposones que habían salido de orugas de gran tamaño, que  
instalaron sus nidos como de algodón en las copas de los pinos.

Había seis mariposones de aquellos que venían hacia la casa jugueteando al toro  
dao. Entraron por la ventana, y, llegando adonde estaba yo, no se les ocurrió más que  
gastarme la bromita de torearne.

Eran valientes. Se arrojaban casi hasta mi cabeza, me tocaban con el ala de co-  
lorines y, cuando yo quería darles un zarpazo, volvían a subir más burlonas que un  
payaso de circo.

Y hasta se posaron como en una flor en el lazo del rabo. Y cuando yo quería re-  
volverme furioso, se marchaban hacia las alturas, y yo las sentía reír.

Cansado ya de bromas, una de las veces me hice el dormido, y hasta roncaba un  
poquito, como aprendí a roncar una vez que pasé más de una semana en casa de un  
señor gordo que no me dejaba dormir.

Y llegaron sigilosas; pero *Bombón* no es tonto, y de un brinco me apoderé de una.

Debajo de mi garra la tuve un rato, y, como *Bombón* no es perverso....., la solté;  
pero la solté tarde, porque entre la sacudida del zarpazo y el tiempo que la tuve cogida  
soltó en el suelo mucho precioso polvillo de sus alas, que a las mariposas les es preciso  
para volar. Así es que la pobrecilla no podía si no era corretear por el suelo y trepar  
por las paredes de aquella sala, donde no solían entrar apenas los dueños de la casa.

Las otras cinco mariposas se dieron cuenta de todo, y ya no reían. Se acercaban a  
mí como a morderme, como a picarme. Yo las oía decir:

—¡Quién fuera avispa!.....

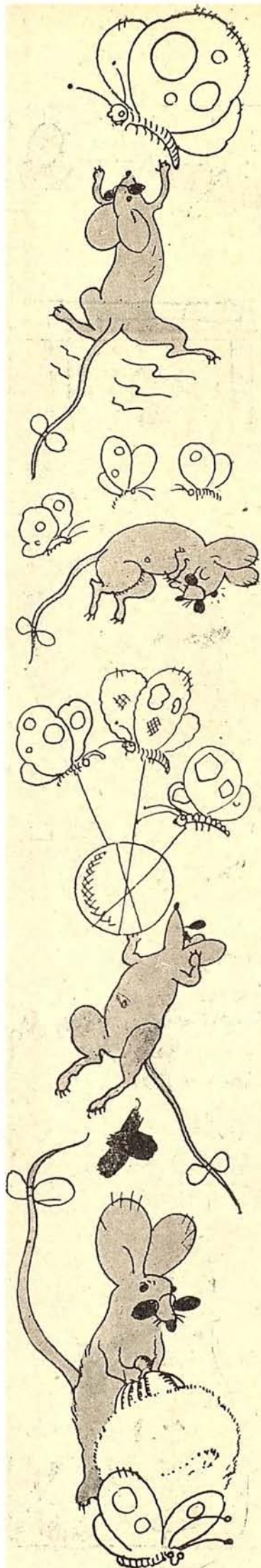
Entonces comenzaron su venganza. Entraban a la despensa por la ventana. Era  
una despensa muy bien librada de los ratones por gatos, veneno, cepos, masa de yeso  
y polvo de vidrio en las paredes. Tan bien librada estaba, que yo llevaba una tempo-  
rada alimentándome de miguitas del comedor, y tenía mucha hambre.

Pues bien, las mariposas entraron en la despensa, cogían pedacitos de tocino y  
de queso, que son las cosas que más me gustan; las ataban a un hilo fino, y las cinco  
volvían a la sala, a mostrarme desde la altura aquellos ricos manjares.

Yo daba grandes saltos....., pero no llegaba. Al fin, me caí, hambriento y rendido.

Y para conseguir la paz, y que me dieran de aquel menú, tuve que ir al tocador  
de la señora, coger la borla de los polvos, que yo creí que me veían, y darle con ella  
a la mariposa derrotada en las alas.

Con eso pudo volar; y sus compañeras, compadecidas, descendieron lo bastante  
para que yo comiera el queso y el tocino..... ¡Gracias!





# El niño Carloto Perra va a dar la vuelta a la tierra



ROBLE-OSCAR

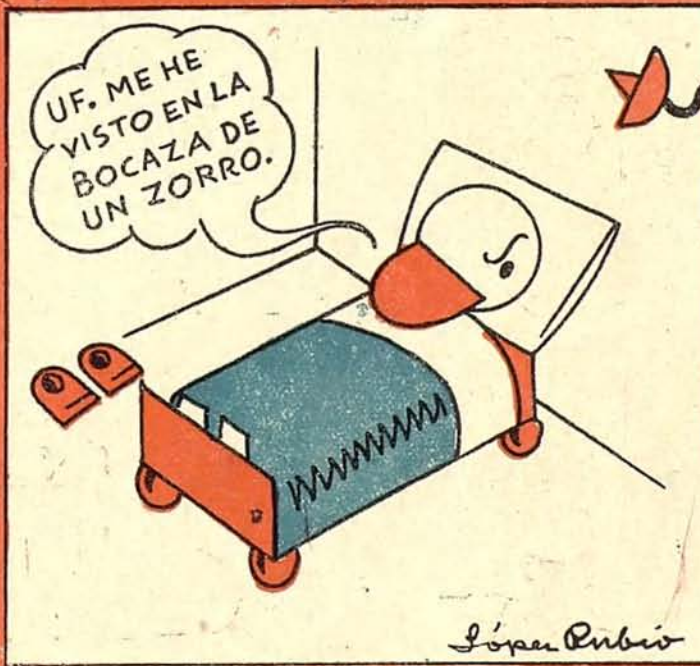
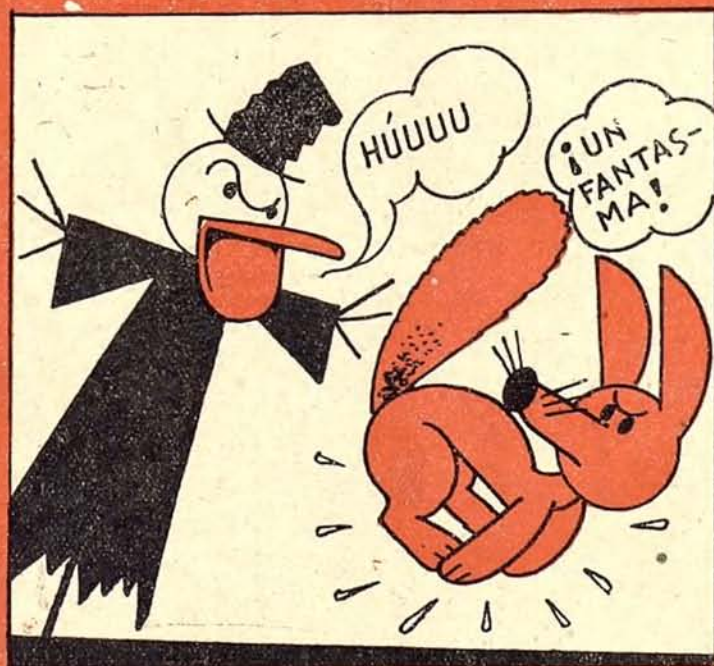
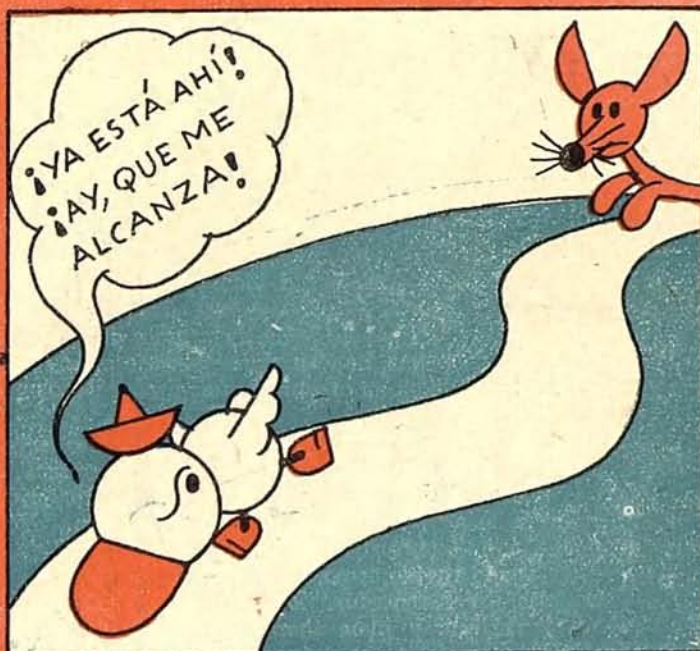
el perro  
el ratón  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



# LOS SUEÑOS DEL PATO FELIPE

HISTORIETA SEGUNDA



el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid





## El de las preguntas



Véase la lámina en colores de la última página.)

—Vamos a ver, amigo Paquito Alvarez Seco; vamos a ver qué profesión le gustará a usted poseer de mayor...

Paquito Alvarez Seco tiene doce años. Es un chiquillo muy *salao*, que a todo contesta riendo.

—Pues a mí me gustaría ser..., pues de los ofi-

ciales españoles que mandan regimientos de moros. Y me gustaría que un moro grandón fuera muy fiel, muy fiel a mí.

—Bien. Y no teniendo carrera, ¿qué te gustaría ser?

—¿Qué había de ser? Chofer. Pero chofer carrerista.

—Chofer tiene su examen. Es ya casi como una carrera. Y más, si eres de carreras; pero, en fin... Y dime, ¿es que te gusta ir con velocidad?...

—Cuando voy de paseo, no. Pero me gustaría ganar carreras, llegar vencedor. ¡Eso, eso!

—Muy bien. Y dime ahora, ¿qué animal te gusta más?

—El lagarto. Es que es el bicho que tiene la piel más bonita. Y esos ojos tan redondos, tan brillantes...

—¿Te ha pasado alguna cosa pintoresca con algún animal?

—Yo tuve un lagarto dos meses en una caja, vivo, sin que se enterasen en casa para que no le tiraran. Luego se escapó, y me asusta pensar que no sé dónde se fué.

—Oyeme, Pacorro, ¿tú tienes algún juguete al que quieras más que a los otros?

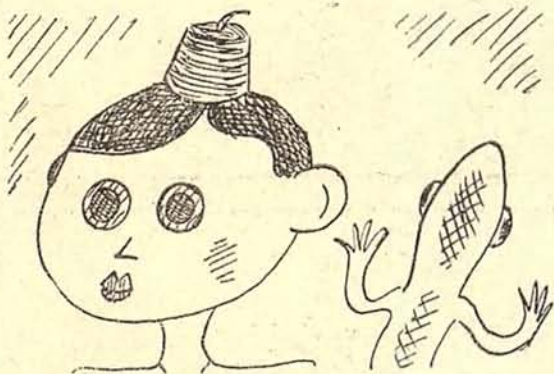
—Ya, no. Pero antes...

—¿A cuál querías antes?

—A un chofer de hoja de lata, siempre sentado, al que le compré varios automóviles de distintas formas...

—¿Y te has llevado alguna vez un buen susto?

—Una vez que iba asomado a la ventanilla del tren, y pasó otro tren por la otra vía.



—¿En qué te gastarías las mil pesetas de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, si te tocaran?

—En un "auto", aunque fuera de segunda mano.

El Tío Preguntón

\*\*\*

—¿Tú sabes en qué se diferencia un patio sombrío de uno que me tira un cantazo?

—No lo sé.

—Pues en que el patio tiene "humedá", y el que me tira... "u me da u no me da".

\*\*\*

—Oye, ¿pero es verdad que te casas?

—Sí, señor.

—¿Pero tienes dinero para ello?

—Ya lo creo; salgo por unos cinco durillos todos los días... Salgo por ellos, pero no todos los días los encuentro.

## El pollo guinda



El campeonato de España marcha tranquilamente hacia su lejano final. El *Español*, de Barcelona, donde Zamora fué portero hasta hace poco, ha sido vencido por el *Barcelona*, campeón que ha sido; aunque venció difícilmente.

Ni Samitier ni Zamora en el campo; por eso despertó el partido poco interés.

En Madrid, los equipos de siempre siguen venciendo a los que pretenden alinearse en primera fila, como el *Nacional*, la *Unión*, la *Tranviaria*...

Y eso que recientemente lucharon el *Madrid* con el *Nacional*, y a pesar de que el equipo blanco (el *Madrid*) tiene en sus filas ¡¡seis!! internacionales nada menos, le costó bastante trabajo vencer, 2-1, a los nacionales.

Su portero, Gerardo, que es diminuto como un chi-

Camino del campeonato futbolístico español.



co, estuvo valiente en ese encuentro. ¡Así me gustaría a mí ver a los lectorcitos de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO! Listos como gatos que esperan al ratón. Y así estuvo toda la tarde Gerardo.

Uno de los tantos del *Madrid* lo consiguió Quesada tirando un penalty soberbio.

¡Cómo dispara este Quesada, amigos míos! Este es el jugador que se ganó un año el balón de oro que regaló la Prensa. Cada vez está más decidido. ¡Qué defensa tienen los madridistas con él! Tampoco es mal modelo para mis lectores.

Si se pudiera hacer, yo establecería en EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO un premio que dijera: "Un balón inflado con monedas de oro, al chico de nueve a trece años que tenga un juego más parecido en eficacia al de Quesada."

Un día también tenemos que hablar de lo que un árbitro puede hacer en favor de un equipo. Sacar una mano cuando el enemigo avanza, preparar penaltys..., ¡mil cosas! Pero hoy no me queda espacio más que para decir que me alegra un disparate el triunfo de Paulino sobre Griselle, en París, dejándole k. o. en el quinto round, gracias a un golpe zurdo.

Bueno, creo que trae de fuerte la izquierda, que pararía un tren con ella.

El Pollo Guinda

\*\*\*

El médico.—¿Y le rechinan a usted los dientes alguna vez?

El enfermo.—Pues mire usted, no lo sé, porque me los quito para acostarme y no se me ocurre mirar a la mesa de noche, que es donde están.

\*\*\*

La dueña de la casa.—Este gato es rarísimo. No puede oír que mi hija toque el piano. Sale corriendo...

La señora que está de visita.—Yo tengo una gran admiración por los gatos. ¡Quién fuera gato!...

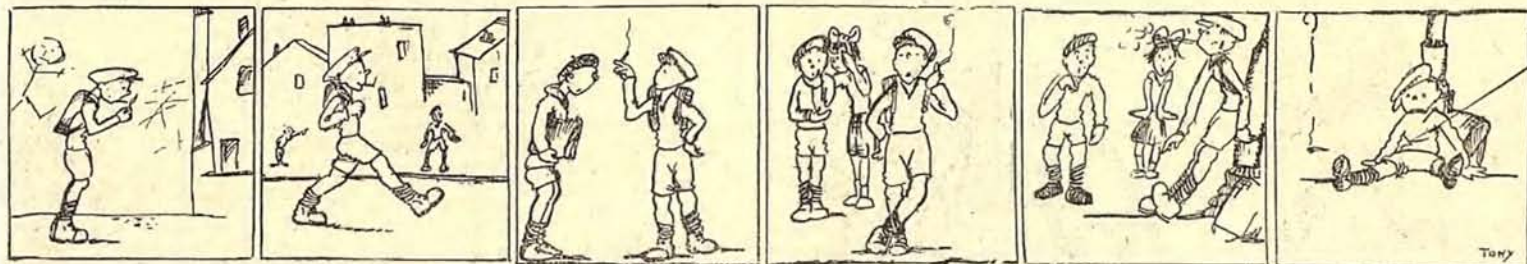
el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



# La persona, el animal y el mueble

LA OBRA DE ARTE DE NUESTROS LECTORCITOS.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el cesto: 1.ª Cada uno de los dibujos vendrá acompañado de un CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta muy NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre y señas.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid." Entre los niños artistas que publiquen sus dibujos desde el número 17 hasta el número 39, se sortearán 12 de las preciosísimas estampas originales que Alonso nos envía para las páginas de atrás, llamadas de las "Preguntas". Además, a los que publiquen los dibujos más graciosos y mejores se les premiará como se indica en otra parte.



El primer cigarrillo, por TONY BUENO



504.—Aurorita Alonso. Madrid.

505.—Juan Antonio de Ponte. Vigo (Pontevedra).

506.—Ofelia Santonja. Madrid.

507.—Gloria Uriarte. Madrid.

508.—Pepe Rodríguez. Hervás (Cáceres).

509.—Víctor Uriarte. Madrid.



510.—Caroli Uriarte. Madrid.

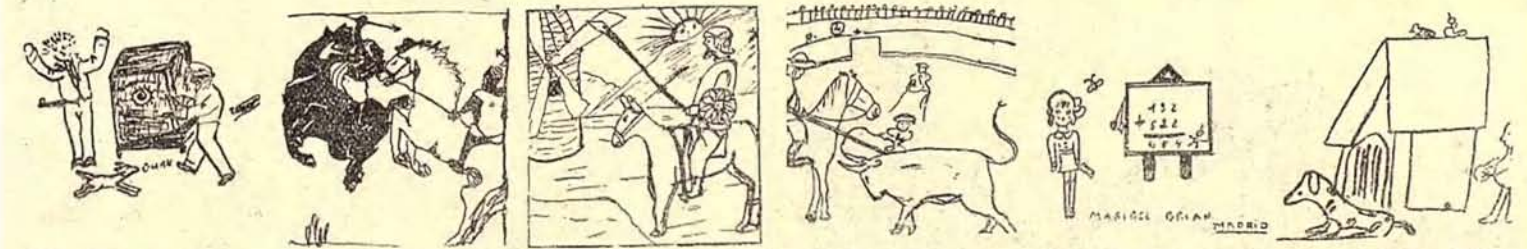
511.—María Victoria Bellver. Castellón.

512.—Sarita Viñegla. Madrid.

513.—Jaime Bellver. Castellón.

514.—José Luis Miralles. Madrid.

515.—Luis Coll. Gandía (Valencia).



516.—Vicente Marín. Valladolid.

517.—Pío Ballesteros. Madrid.

518.—Catalina Hernanz. Segovia.

519.—Angel Descalo. Valladolid.

520.—Maribel Brián. Madrid.

521.—Teresita Labra. Valencia.



522.—Ernestina G. Sevilla. Cercedilla (Madrid).

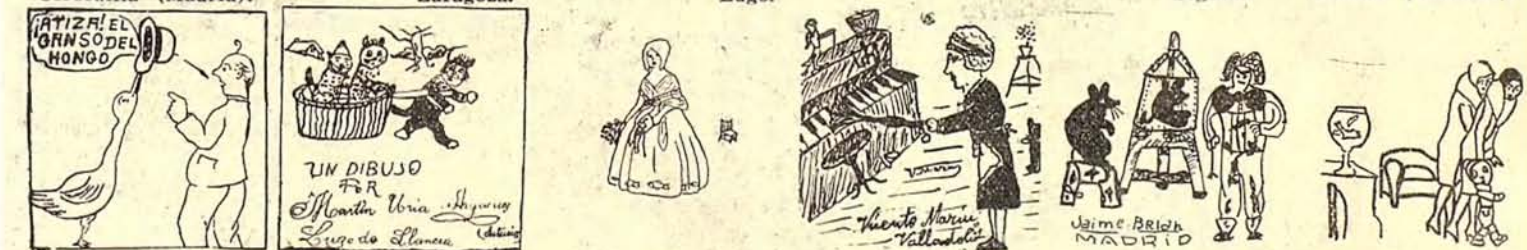
523.—Antonio de Castro. Zaragoza.

524.—Antoñito Montenegro. Lugo.

525.—Nando Gallego. Zamora.

526.—Francisco Hernanz. Segovia.

527.—Pepita Hernández. Guimón (Tenerife).



528.—Sarita Viñegla. Madrid.

529.—Martín Uriá. Lugo de Llanera (Asturias).

530.—Elena Sánchez. Segovia.

531.—Vicente Marín. Valladolid.

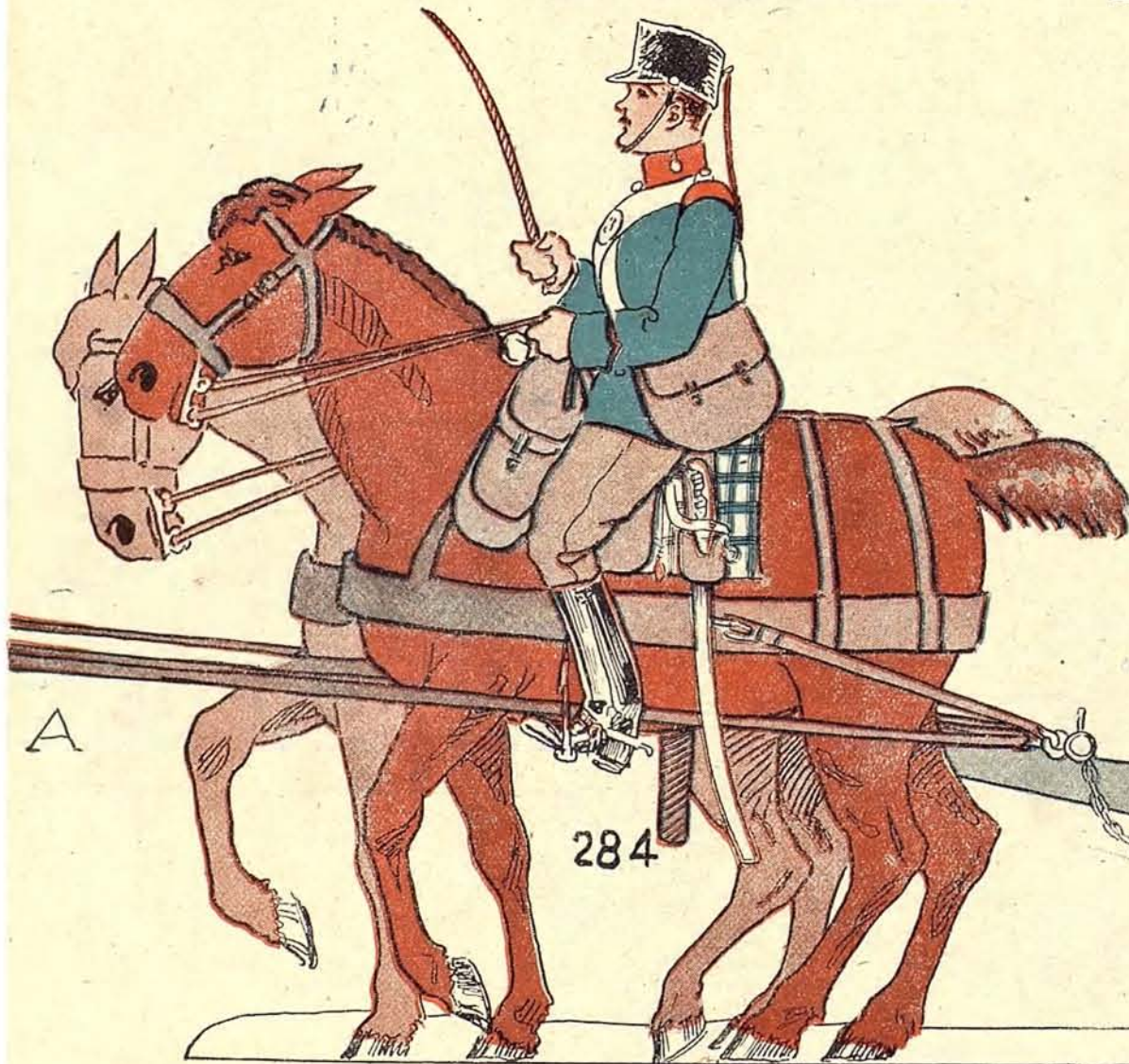
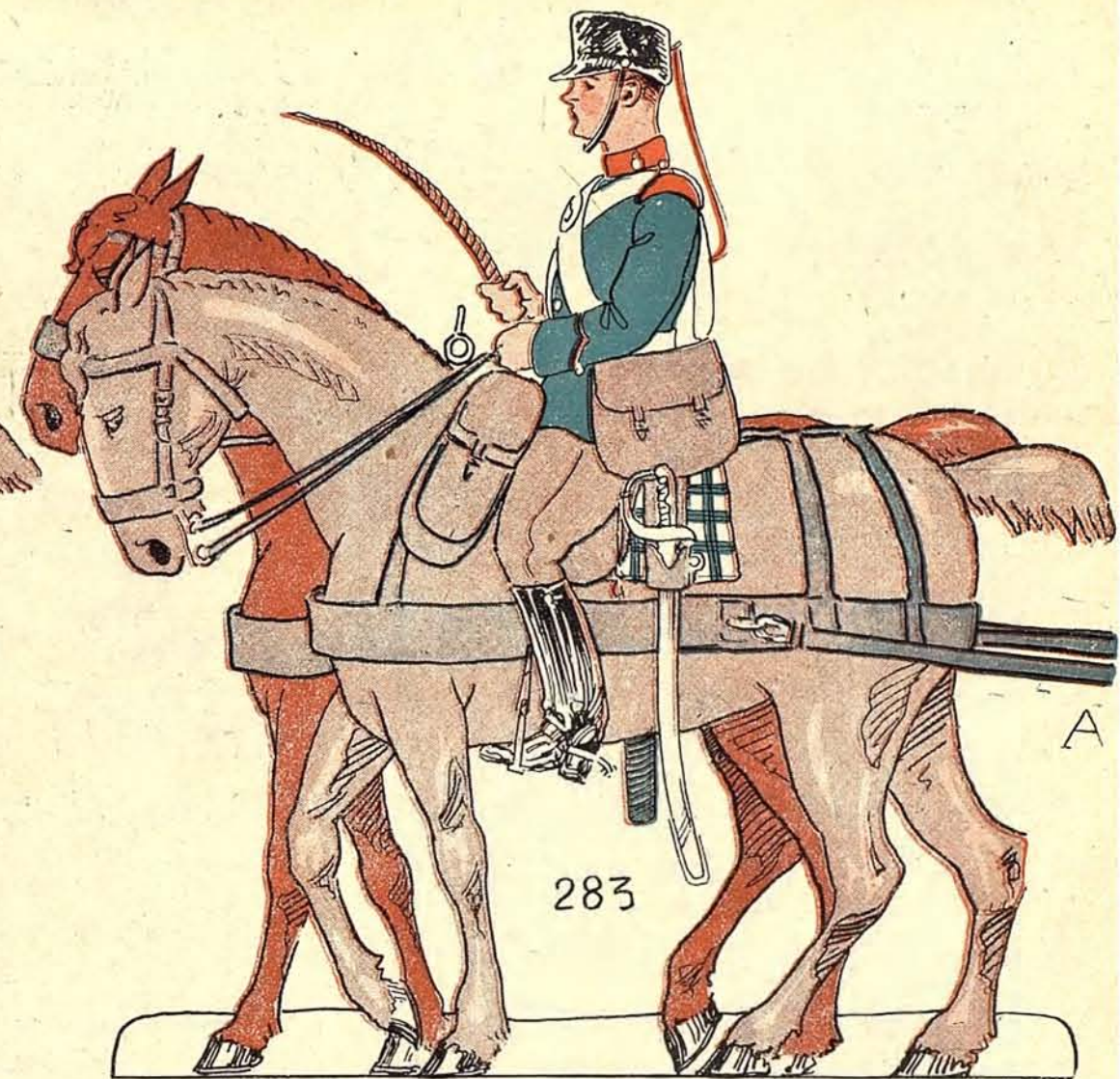
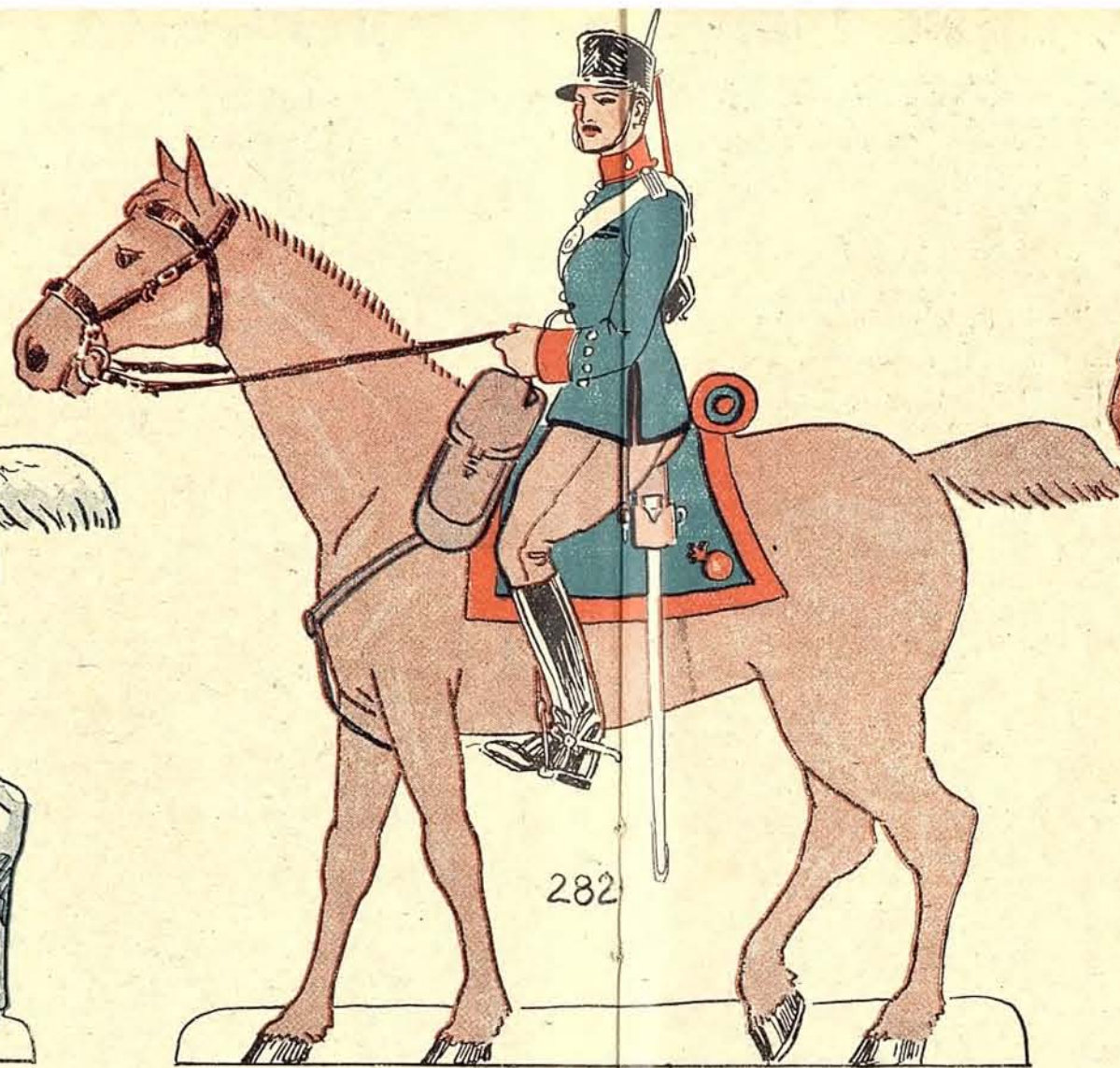
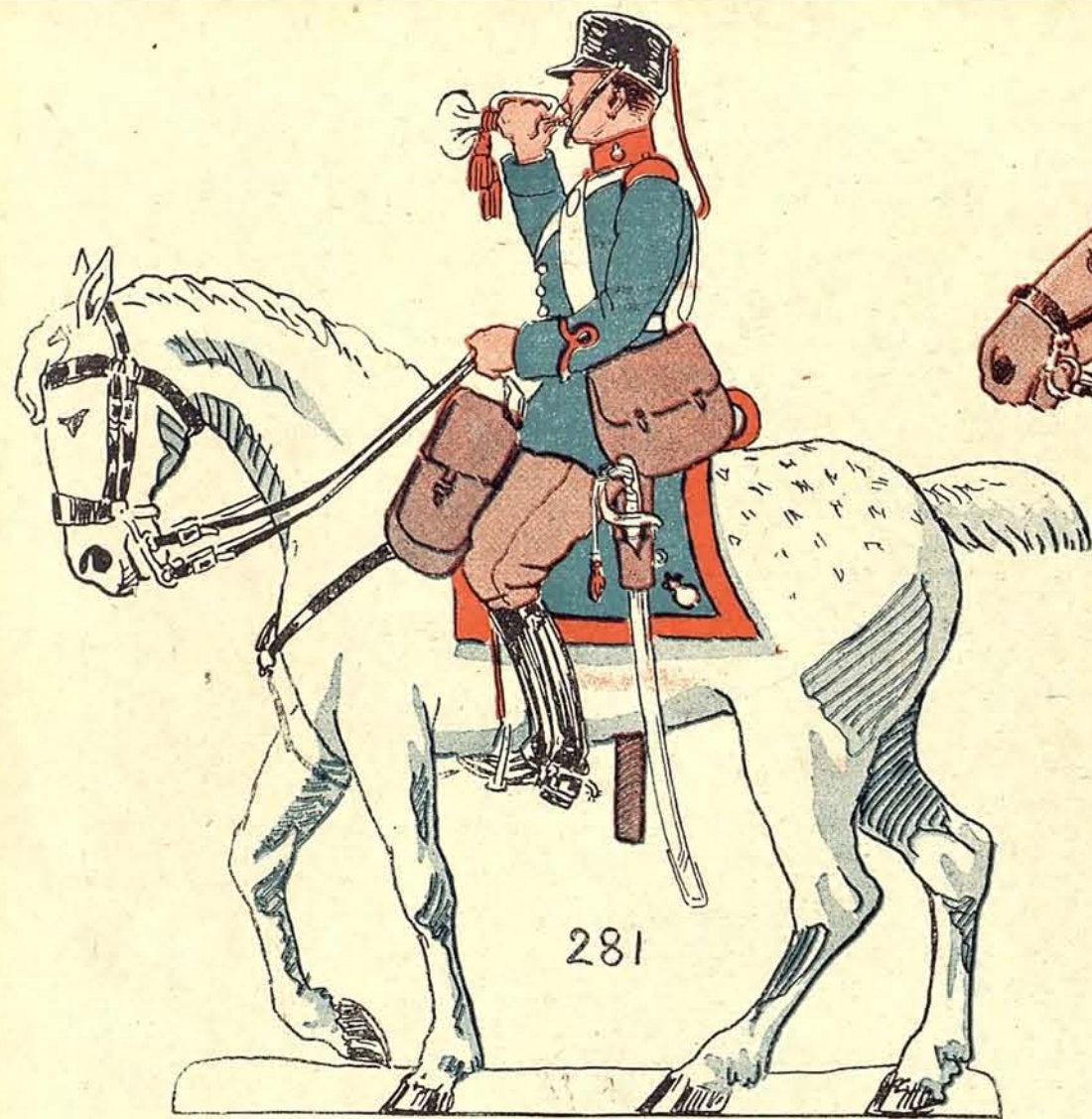
532.—Jaime Brián. Madrid.

533.—Emilio Mayo. Madrid.

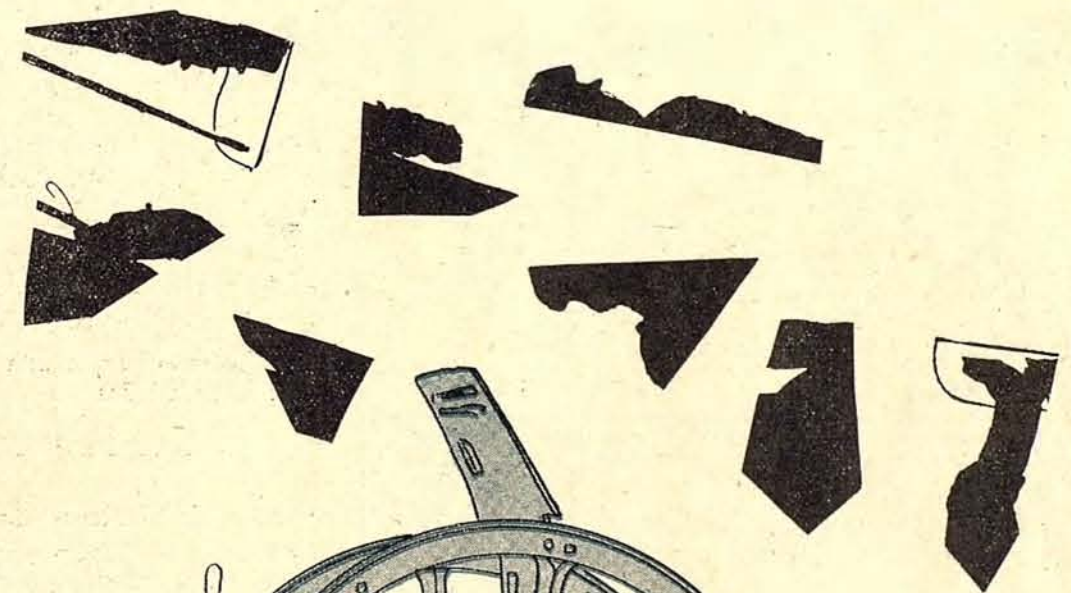
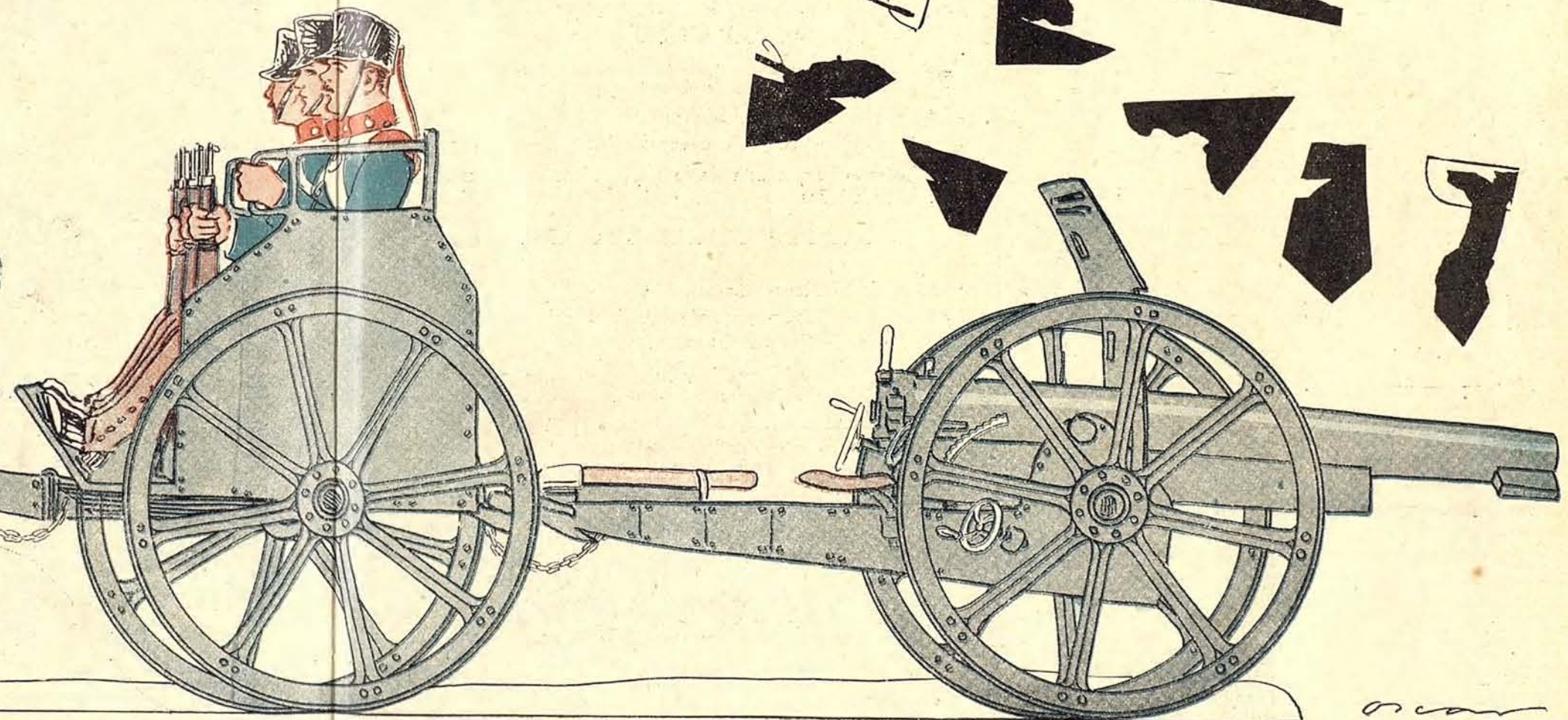
el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid





285 286 287





# 5 pesetas

ponen en  
sus manos



## 4 números de "La Raza"

revista gráfica semanal, reflejo de la actualidad palpitante en todas las manifestaciones de la vida nacional y extranjera. 40 CENTIMOS.

## 4 números de "El perro, el ratón y el gato..."

el semanario de las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas. El mejor periódico infantil de España. 40 CENTIMOS.

## 4 números de "La Novela de Hoy"

que publica todas las semanas una novela corta, original e inédita, de una firma de alto prestigio literario. 30 CENTIMOS.

## 2 números de "La Gaceta Literaria"

publicación quincenal que abarca todo el movimiento literario de nuestra época, nacional y extranjero, de total integración hispánica. 30 CENTIMOS.

## 1 número de "Cosmópolis"

gran revista mensual de alta literatura y de información mundial. Arte, ciencia, teatros, deportes, cine, modas, etc., etc. UNA PESETA.

## 1 número de "Libros"

Boletín mensual de la producción bibliográfica española e hispano-americana.

Todas estas publicaciones las ofrecemos en suscripción combinada especial por. SESENTA PESETAS al año, que podrán pagarse mensualmente, a cinco pesetas.

Además, presentando en cualquier librería Fe el recibo corriente de dicha suscripción combinada especial, se obtendrá el 15 por 100 de descuento sobre el precio de la obra que se desee adquirir del fondo del catálogo C. I. A. P. (Editoriales Renacimiento, Mundo Latino, Estrella, Atlántida, Mercurio y Ciencia y Arte.)

Obtendrá asimismo el suscriptor, merced a los concursos para señoras, para niños, para escritores, dibujantes y vendedores, premios de miles de pesetas, espléndidos regalos y juguetes.

LIBRERIAS C. I. A. P.:

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—Librería Renacimiento, Plaza del Callao, 1.—Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44, Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona. Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla.—Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca.—Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena. Librería Fe, Larga, 8, Jerez.—Librería Fe, Avenida de la Libertad (esquina a Idiáquez), San Sebastián.—Librería Fe, Real, 24, Coruña. Librería Fe, Paseo de la Independencia, 23 y 25, Zaragoza.

D. ....

Residencia. ....

Se suscribe a "Cosmópolis", "El perro, el ratón y el gato", "La Raza", "La Gaceta Literaria", "La Novela de Hoy" y "Libros", cuyo importe anual de 60 pesetas pagará por..... comenzando en el mes de.....

Fecha: .....

Firma: .....

Ciáp. Apartado 33. Madrid.

# Todo el pueblo de Villacaballos de Cartón

PLIEGO NUM. 23.—Publicada la Infantería de Villacaballos, hoy entramos con la Artillería rodada, de la que ofreceremos dos piezas a nuestros coleccionistas. La primera pieza lleva los siguientes personajes: 281. El cornetín Toribio Sopillo, que cuando toca parece que hace viento.—282. El capitán Eduardo Chinda, valiente artillero, al que un día se le acabaron las municiones y entraron en una huerta, cogieron melones y sandías y las disparaban para asustar al enemigo, que huyó. Tiene tres cortes de machete en el pecho que forman triángulo.—283. Samuel Trotavillas, que caza conejos con mariposero en el campamento.—

284. Federico Libros, que ha acostumbreado al mulo a cogerle el pañuelo del bolsillo y limpiarle el sudor.—285, 286 y 287. Serafín, Joaquín y Valentín, a los que el capitán hace que vayan juntos porque se llaman así y porque dos se llaman igual que los hermanos Álvarez Quintero.—Este cañón es famoso porque en una ocasión tomaron con él una ciudad quitando sólo los pararrayos para que se viera que tenían puntería los artilleros. Entonces la ciudad se rindió.—Ahí está también el villacaballense en pedazos que han de remitir los lectorcitos con los pasatiempos del Gato Adivino.

(Dibujos de Oscar.)



## aviso.

Ya se habla en el mundo entero de lo que va a ser nuestro Almanaque; como que hemos recibido telegrama que decía así: "Pekin. Envíen un millón ejemplares Almanaque, que he oído en corro de chinos que viene bueno.—Chin-Chin—¡¡Fú!!"

Hemos recibido también saladas preguntas de los chicos. Ya sabéis que habrá unos premios para los que envíen las preguntas más pintorescas. También publica-

remos cartas de niños de verdad, que se hablan de labores. La cosa va a estar bien.

¡Y qué paisaje recortable viene en el próximo número!... Trae aeroplano, ferrocarril, autos...

Si os recomiendo que compréis el próximo número es por Carloto, que sufre la persecución de un toro bravo. ¡Cuidado que es pintoresco Carloto Perra! Ya le conocen también hasta los niños esquimales.

Os recomiendo la lectura del número, porque viene un cuento precioso de Elena Fortun, que se titula "De como poquito a poco, el coco ya no fue coco."

La verdad es que el niño que colecciona los 287 villacaballenses y los ponga en el suelo en estos días de invierno, es feliz.

TRESPELOS

# 50 pesetas

LOTES DE LIBROS DE CINCUENTA PESETAS  
CADA UNO

Lote de libros para niños.—Lote de libros para señoritas.—Lote de libros para señoras.—Lote de libros para estudiantes.

COMPANIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES.—Apartado 33, Madrid.

Ofrecemos hoy la lista de lo que contiene el lote seleccionado para niños.

## LOTE DE 50 PESETAS PARA NIÑOS

	Pesetas
El Libro de los Reyes Magos.....	5,00
Antoniorrobes: 26 Cuentos Infantiles (3 tomos).....	12,00
Swift: Viajes de Gulliver (2 tomos).....	8,00
Concha Espina: Siete Rayos de Sol.....	5,00
Perrault: Cuentos de Viejas.....	2,50
T. Etzel: Robu o el Niño Prodigioso.....	3,50
Souza Costa: Historia del Niño Jesús para niños...	2,50
J. de Coulomb: La sortija de Gastom Febo.....	4,00
Thackeray: Aventuras de un fanfarrón.....	2,50
Hawthorne: Cuando la Tierra era niña.....	5,00
Total.....	50,00

Al comprador de este espléndido lote de libros seleccionados, se le regalará un libro de Carlos Dickens: "Canción de Navidad". A los compradores de los demás lotes, se les hacen obsequios semejantes.

el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

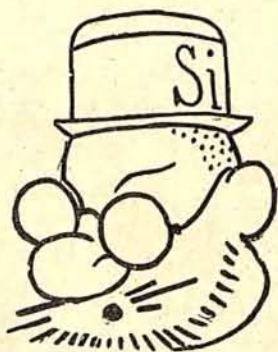




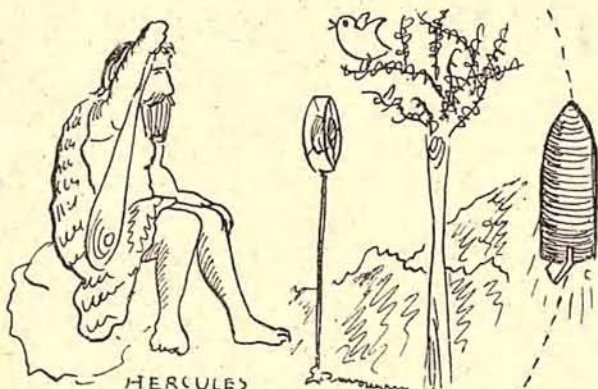
**H**oy llegaron los tres chicos (*Mel, Gas y Bal*) a casa del profesor *Sí*, de un modo muy gracioso, y fué que llevaban castañas de Indias, y uno tiraba la suya, y los otros dos, a darla, y al que quedara más lejos, le tiraban los otros, de modo que llegaron sin darse cuenta hasta la casa del señor *Sí*, donde *Mel* preguntó:

—¿Cuáles fueron los primeros pobladores de España?

—Comprenderás, amiguito, que de eso nada puede asegurarse, porque no han dejado nada escrito ni en un guardacantón, que es donde antes hacían las inscripciones. Sin embargo, podré decirte lo que algunos historiadores aseguran. Tú sabes que Noé tuvo tres hijos: Sem, Cham y Japhet, los cuales se repartieron la Tierra. A Japhet le tocó Europa y parte de



**El  
se  
ñor  
pro  
fe  
sor**



Los pri-  
meros  
españoles  
radio y ba-  
las crueles.

Asia, y por eso envió a su hijo Túbal a España, que algunos dicen que se instaló en Navarra, pero que desde luego es considerado como el primer habitante de la Península Ibérica. Después se habla de los Geriones, en tiempos remotos. Y del rey Híspalo, que dicen que dió nombre a España, *Hispania*, y se fundó Sevilla. Y luego de Hércules, al que se atribuye por algunos autores la fundación de Barcelona, que fué divinizado, y a cuya memoria y homenaje parece que se levantó en Cádiz un gran monumento. Después, parece que hay noticias de nuevos reyes, como Hespero, Atlas, Sículo y alguno más, de los que nada fijo se puede decir.

—Oiga usted, señor *Sí*—dijo después *Gas*—, ¿podrá la radio ofrecernos sonidos que no podrían oírse de otro modo?

—Sí, porque llegarán a escucharse los sonidos más temibles de la selva, en medio de la noche, igual que los radioyentes de Londres han tenido una temporada en que oían a un libre ruisenior del bosque. No le anunciaban como cosa segura, pero como los ruiseniores suelen cantar a la misma hora, parece que no les falló jamás.

—Yo quería saber—dijo luego *Bal*—si hay balas que no vayan derechas, sino que se tuerzan para meterse dentro de las trincheras.

—No se ha llegado, afortunadamente, a una cosa definida; pero ya ha habido inventores que han probado poniendo un timón metálico torcido a las balas. ¡Qué perversidad!...

Los chicos se fueron, y cogieron las tres castañas que habían dejado en un rincón oscuro del portal.

*Cincomanos*

\*\*\*

—Oye, Manolito: ¿qué pasaría si tu tía la gorda fuera aficionada a la casa y cogiera una escopeta?

—No lo sé.

—Pues... que se habría armado la gorda.

**P**ARA el niño *Piñoncete*, su papá, don Piñón Gómez, fué a comprar en la tienda del enano Tachuela, o sea el mago mueblista, una pantalla de la luz.

Y se la compró. Era simplemente una pantallita verde, para ponerla en un flexible largo que colgaba del techo.

Pronto, como todos los muebles de Tachuela, la pantalla se sintió viva. Pero era tímida, y lo disimulaba mucho.

Mas llegó un momento en que no lo pudo disimular. Y fué cuando *Piñoncete* se suscribió a un periódico infantil denominado *EL CAN, EL ROEDOR Y EL GATITO*, que tenía lecturas que interesaban mucho a *Piñoncete*.

La pantalla tuvo curiosidad, y lo leía también, torciéndose un poquito para verlo mejor.

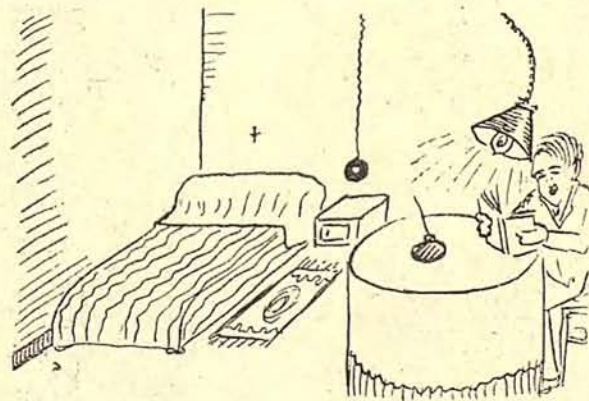
En el periódico *EL CAN, EL ROEDOR Y EL GATITO* venían unos pliegos que se llamaban *Campiñas recortables*, y unos personajes de un pueblo llamado *Villacaballetes de Carbón*, y *Piñoncete* lo recortaba todo, ante la admiración de la pantalla.

Pero ocurrió una cosa, y fué que una vez el niño se movió y se le voló al suelo una piecita chiquitina de las *Campiñas recortables*... y no lo veía.

Ya iba a echarse a llorar, cuando la pantalla se decidió a dar señales de vida. Y fué y se movió como una serpiente colgada del techo. Y para lo que se movía era para ponerse bien, y que el chiquillo pudiera buscar por el suelo con toda la luz posible.

Desde entonces *Piñoncete* y la pantalla eran buenos amigos, y el niño leía poniendo los libros de modo que pudiera ella leer tan cómoda como él.

Una noche se acostó el chico, y pronto le dió fiebre. El no lo notaba, porque se quedó como atontado. Pero la pantalla sí que se dió cuenta, porque le veía dar vueltas y vueltas.



La pantalla  
curiosa  
y buena  
amiga.

Y fué entonces cuando la pantallita, otra vez como una serpiente, se movió, y llegando hasta el botón del timbre, que estaba pegado a la pared, llamó con el pico de la bombilla.

Lo oyeron en la casa, acudieron, llamaron pronto al médico, y el muchacho curó pronto, gracias a la pantalla, aunque nadie lo sabe aún.

*Lauro de la Sandía*

\*\*\*

El enfermo.—¿Cuánto siento, doctor, haberle hecho venir a un barrio tan apartado como es este mío!

El médico.—No se preocupe usted, hombre. Tengo otro enfermo aquí cerca; así es que mato dos pájaros de un tiro.

\*\*\*

El invitado.—¿Qué velocidad lleva este auto?

El dueño.—Ayer alcancé más de ochenta por hora.

El invitado.—¿Y mató usted a todos los que alcanzó?

**el perro,  
el ratón y  
el gato...**

Ayuntamiento de Madrid



# El señor don Zas Tinoco,

CUENTO, por ANTONIORROBLES

Un lectorcito me ha escrito una carta preguntándome que dónde conocí yo a Zas Tinoco.

Yo conocí a don Zas en una tienda de juguetes comprando veintiocho caballos de cartón para veintiséis chiquillos que salían de una escuela. Dió un jaco a cada chico, y dijo luego:

—Al que llegue antes al árbol aquel, le daré otro caballejo más.

Y hubo carreras, y se ganó el juguete el más ágil. Después dijo:

—Me queda el último, que es para el que llegue antes con las manos a sus pies.

Y, claro, llegó el más chiquitín, que era el que más cerca del suelo estaba. De modo que repartió todos los caballos, y el más ágil y el más chico se llevaron dos a casa.

Los muchachos se fueron muy contentos, y todas las personas mayores hicieron corrillos, diciendo:

—Don Zas Tinoco es un loco.

—Don Zas Tinoco es un loco.

Y yo dije para mi bufanda:

—Es un loco..., pero poco...

Aquella noche tardé en dormir, me, pensando en don Zas. Porque mientras todos creían que aquel hombre era un perturbado, yo pensaba que era un hombre feliz, muy bueno y muy amigo de los niños.

Una mañana me desperté; me dieron el desayuno, que era chocolate de color de chocolate, y bizcochos que tenían forma de bizcochos; me lavé luego con los tirantes caídos por detrás, como un rabo de elefante, y salí a la calle.

Y pronto vi grandes corrillos de gente, en los que se decían unos a otros:

—Don Zas Tinoco es un loco.

—Don Zas Tinoco es un loco.

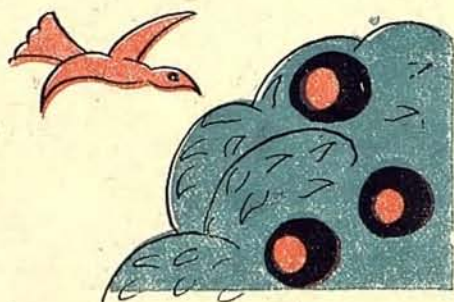
—¿Y por qué?—pregunté yo.

—Por lo que lleva en *el coco*.

Vosotros sabéis que algunas personas bromistas llaman *el coco* a la cabeza. Por eso yo seguí preocupado en mi paseo, pensando en qué sería lo que llevase en *el coco* el bueno de Zas Tinoco.

Por fin lo vi en el parque, tomando el sol en un banco y leyendo el periódico.

Mucha gente le miraba atentamente. Todos estaban riéndose detrás de los árboles o detrás de las sombrillas. Y es que era para reírse; yo lo comprendo.



Llevaba sobre la cabeza, o, como dicen otros, sobre *el coco*, un sombrero de barro cocido, que se ajustaba a su frente y que por la parte de arriba era un magnífico tiesto.

Entonces fué cuando yo celebré una interviú con él, para un periódico que se titulaba *Las Buenas Noticias*. Recuerdo que tuvimos este diálogo:

—¿No va usted incómodo?

—No lo sé. Nunca me he preocupado de mí mismo. Yo sólo me preocupé de lo que hay que preocuparse siempre: de escribir a los reyes y a los presidentes de las repúblicas, para que no se odien los pueblos y arreglen sus asuntos en paz; de que los padres compren a los chicos vestidos que no les aprieten y libros que no sean antipáticos, y de defender a los pajarines contra ese *mono trepador* que se llama..., ¿sabes cómo se llama?

—No, no lo sé—le respondí yo.

—Pues se llama *colegial novillero*...

—¿Y qué lleva usted en la cabeza?

—Un tiesto.

—¿Y qué lleva ese tiesto?

—Tierra.

—¿Y qué lleva la tierra?

—Un hueso de cereza...

—¿Y para qué?

—No lo puedo decir aún...

Aquí terminó la interviú. Pero después he sabido poco a poco la historia del loco Tinoco y lo que puso en su *coco*.

Al cabo de los días comenzó a salirle una ramita, y don Zas se acercaba a todas las fuentes que veía como a beber, y lo que hacía era poner su *chistera* de barro cocido para que se regara bien el nuevo cerezo.

¡Con qué mimo cuidaba don Zas Tinoco el futuro tesoro de cerezas que llevaba en su sombrero!

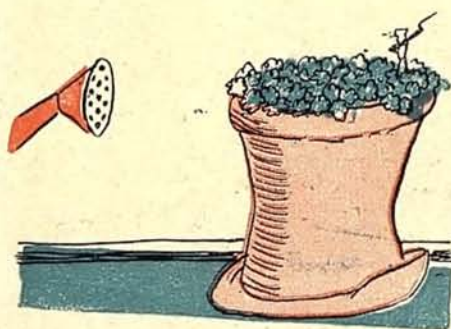


el perro,  
el ratón y  
el gato...



# que era loco... y no era loco

DIBUJOS de DON TONINO



Así resultó que el arbolito creció espléndidamente, y que el caballero que todos tenían por loco, había de caminar guardando el equilibrio como uno de esos artistas de circo que sostienen en la cabeza una silla, un paraguas, una botella y todas esas cosas.

Como los pájaros conocieron en seguida que se trataba de uno de los señores que les echaban migas de bollo y granos de arroz, se subían en las ramas antes de que maduraran las cerezas, y allí cantaban, alegres.

Y a don Zas le producía eso una emoción grande, como de agradables cosquillas, y se le saltaban las lágrimas de alegría.

Hubo un ruiseñor de preciosísima canción, que con su *ruiseñora* hicieron su nido en el cerezo, y eran como los guardas. Claro que tenían orden del dueño de dejar saltar a las ramas a todos los pajarillos que quisieran.

Y Tinoco iba tan contento y tan tieso, dedicado sólo a su árbol y presentándose en las ferias para ganar algo de comer y para que la gente viera un ejemplo de amor a las plantas y a los pájaros. ¡Muy bien, don Zas!

Llegó un momento, queridos lectores, en que las cerezas maduraron. ¡Qué ricas estaban, Dios mío! Probó una Tinoco y en seguida dijo al pequeño guarda alado:

—Deja comer una cereza a cada pájaro que venga. ¡Una sola!... Porque con las demás vamos a invitar a los colegiales.

Y así se hizo. Fué otro momento de emocionante alegría ver cómo los chiquitos trepaban por el mismo don Zas Tinoco hasta alcanzar la fruta, para luego aplastarla en sus boqui-

tas y saborear el pequeño manjar, rojo y redondito.

¡Qué gusto le daba poder ofrecer los mismos beneficios de un arbolito bueno!

Hasta se paró en un campo y se sentó en el suelo para quitar el sol en plena llanura a unos pobres segadores que dormían la siesta, casi asados por la asfixia de aquella hora.

Llegó el otoño y se le cayeron las hojas poéticamente: daban ganas de hacerle versos. Y se los hicieron.

Vino el invierno, y un día en que caminaba de un pueblo a otro para visitar a unos desgraciados caballos heridos en las corridas de toros, empezó a nevar.

Por el camino se encontró a unas pobres mujeres sin ropas casi y con sus hijitos en brazos, que iban a pedir trabajo como lavanderas en otro pueblo.

El frío era enorme, y en la montaña que atravesaban no había un solo árbol: sólo rocas.

Entonces Tinoco cogió con sus manos el arbolito, tiró como para sacarse una muela de la coronilla, se lo arrancó con terrible dolor de su alma..., y con aquello encendió una buena hoguera.

Las pobres mujerucas calentaron sus manos y su corazón helado; calentaron, sobre todo, a sus hijitos, y después pudieron seguir su marcha a gusto.

Aquel día volvió don Zas Tinoco

a su casa triste y alegre a la vez. Triste, porque ya no llevaba su arbolito, tan bueno y servicial. Y alegre, muy alegre, porque había ofrecido a los pájaros, a los chiquillos, a los trabajadores, a los poetas y a los desventurados, todos los beneficios que puede ofrecer un árbol: ramas, frutas, sombra, belleza y leña.

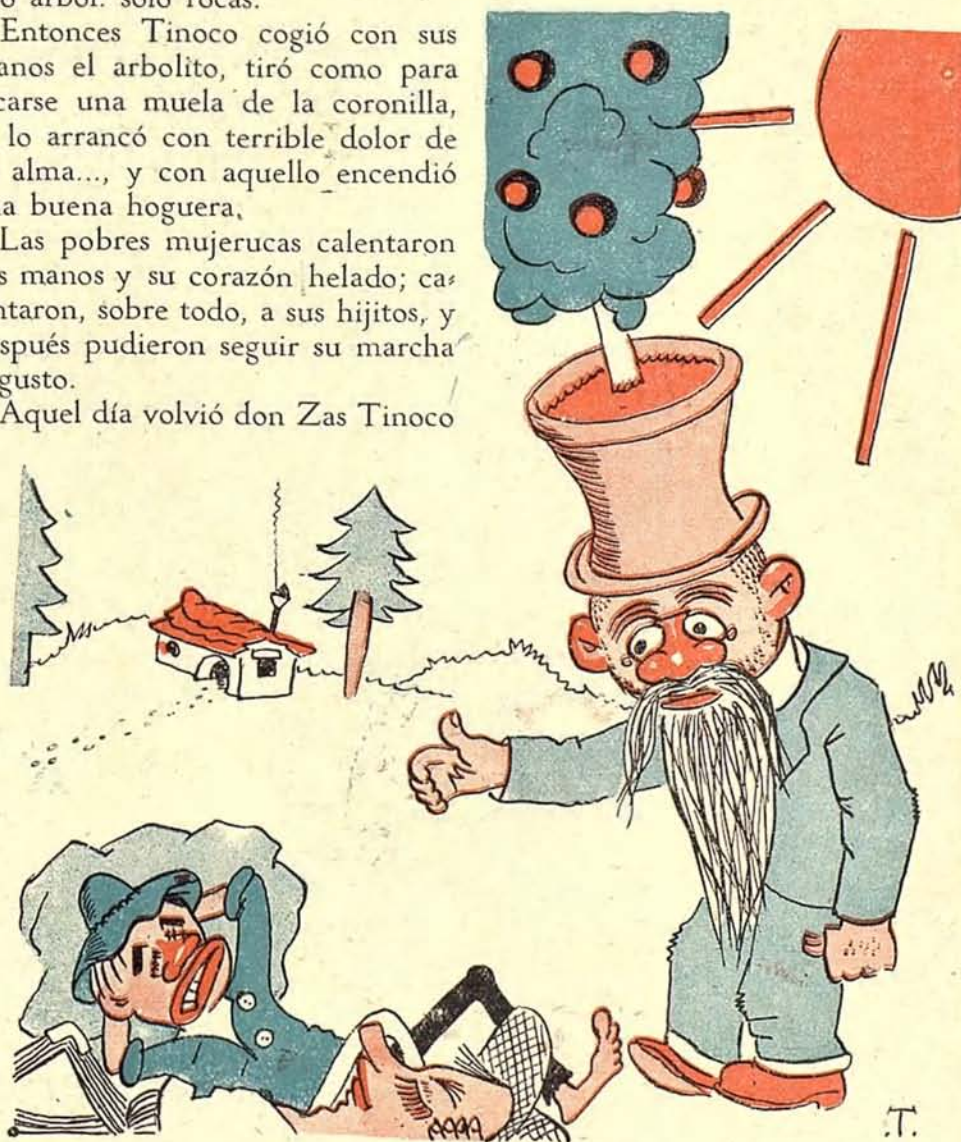
Por gratitud, sembró luego en el sombrero violetas, y lo tiene en su ventana. Y lo gracioso es que se ha comprado una caja de soldados de plomo, y todas las noches deja uno de centinela, para que cuando vayan las criadas a coger flores se pinchen un poquitín con las bayonetas en los dedos, y se asusten y las dejen en paz.

Cuando sale a regarlas con una regaderita roja de juguete, todos los vecinos dicen desde sus ventanas:

—¡El loco!, ¡el loco!...

Y yo digo entonces para mí:

—Sí, el loco... que no es loco.



el perro,  
el ratón y  
el gato...



# Los domingos de Chin y Bely



La niña dijo a su hermana muñeca: —Créeme, *Chin*, que como no sea en un caso de mucha necesidad, hoy no hacemos otra cosa que divertirnos. ¡Nada de ponernos ñoñas para favorecer a unos o a otros!

En efecto, aquel domingo subieron al bosque y se empeñaron en jugar a todos los deportes.

En vez de esquíes, ya sabéis el otro domingo lo que se ponían: dos preciosas serpientes atadas a los pies.

Al fútbol también jugaron un rato. Primero las parecía mal; decía *Bely* que era juego de chicos; pero *Chin* la convenció de que hoy las muchachas practican todos los deportes para estar fuertes.

Y jugaron al fútbol con unas monas. El balón era un coco, que para que estuviera un poco más blando rodeáronlo con la lana de un chalequito que *Bely* estaba empezando, y que lo deshizo para el fútbol.

Aviación... ¿Cómo no habían de montar en aeroplano?

Tardaron en encontrar aparato; pero se lo cedieron en sus espaldas dos cigüeñas. La de la niña se cansó antes, volvió pronto, y se puso a charlar con *Bely* hasta que volvió la otra.

Recuerdo que entre las cosas que la dijo, esta fué una:

—La Aviación se ha desarrollado mu-

cho en poco tiempo. Ahora estoy dando lecciones a unas truchas.

—¿Pero a unas truchas del río?...

—Ya lo creo. Se están haciendo hidroaviones; los corchos que se encuentran en el agua son los flotadores. Y las alas son de una sábana que robó la corriente del río a una lavandera.

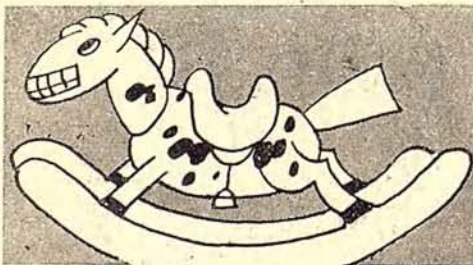
—¡Qué enormidad, lo que se adelanta!...

La cigüeña de *Chin*, como llevaba poco peso, hizo verdaderas maravillas; hasta dió la vuelta de lupín, yendo un momento para abajo.

Después aterrizaron en la llanura, con esas patitas larguiruchas de las cigüeñas, que se posan con mimo en el suelo.

Por último practicaron el deporte hípico. Claro que, en vez de caballos, hubo que buscar otros bichos. Una cebra se prestó. Pero la cigüeña dijo a *Bely*:

—Ten mucho cuidado con ese animal, que es demasiado loco. En el bosque tiene fama de alocado.



Entonces la niña no dejó montar a la muñeca, aunque la muñeca se quedó llorando.

—Nada, nada; tú no montas hasta que yo no vea cómo corre esta cebra; que tienes la cabeza que se rompe al menor golpe.

Montó la chiquilla, y *Chin* lloraba aún, y la cebra salió corriendo al galope. A *Bely* se la oía dar gritos:

—¡¡Para ya!! ¡¡No corras tanto!!...

Pero la cebra corría como loca. *Chin* ahora lloraba de susto...

En una de aquellas carreras la cebra saltó una piedra, la niña salió despedida, y se quedó por casualidad cogida a la rama de un árbol.

Todo el árbol tembló, y sus habitantes acudieron a ver que era; pajarillos, un mono viejo trepador y dos ardillas.

El mono la daba en la mano para que se soltase y cayera. Pero un pájaro la reconoció, y le picó las orejas al mono para que saliera corriendo detrás de él.

Entonces *Bely* se subió bien a la rama y bajó por el tronco. Y con eso se acabó la sección deportiva.

A la vuelta, la niña dijo a *Chin*:

—Para que montes a caballo, te voy a comprar uno de cartón, con las patas sobre una curva de mecedora—y se lo compró.

TINITA

el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



—¿Le conocías antes de ahora?  
del blanco.  
celente, y que ya ha puesto la bala en el mismo centro  
—No lo sé; pero no ignoro que tiene una puntería ex-  
—¿Adónde?  
—Estaría en otra parte.  
nación y no vi en ella a ese hombre.  
—Sí, tienes razón; pero hace dos años estuve en esa  
dallas?  
—¿Estás ciego, Garey? No estás viendo sus san-  
tercedo en la apariencia.  
—¿Crees que es un loco?—preguntó su compañero in-  
—¡Coco!  
que terminó buscamente con la siguiente palabra:  
un momento, se escapó de sus labios un sordo murmullo  
cabeza hasta los pies, en los cuales se detuvo su ojada  
campanero. Después de mirarle detenidamente desde la  
minarle, que lo había visto antes, aunque no en aquel  
Era evidente, por la manera que tenía Ruben de exa-  
postura era tranquila y llena de dignidad.  
en ningún sentido; estaba apoyado sobre su rifle y su  
pecto de éste no indicaba su triunfo ni era provocativo  
pie, majestuoso, luciendo su orgulloso plumaje. El as-  
El viejo Ruben miró hacia donde esperaba el indio de  
quisiera ver si a mi vez le vencía.  
voz—, se ha demostrado más diestro que yo al tirar, y  
—Ese indio que ves aquí—dijo el trampero bajando la  
verdad?  
—Entonces es para desperdiciar pólvora, ¿no es  
—No.  
—¿Es una apuesta, muchacho?  
otras muchas espaldas por el suelo.  
tamaño de una muñeca de reloj, de cuya especie se veían  
rey alargándole una concha redonda y blanquecina, del  
—Para que presentes esto como blanco—contestó Ga-  
dose al trampero.  
—¿Para qué me necesitas, Garey?—preguntó, dirigién-  
carnado, y se aproximó a la gente.  
ción, se puso de pie, presentando a la vista su cuerpo des-  
y chupar el hueso, y terminada esta importante opera-

a acertarle. Hay muchos cazadores que se prestarían a correr el riesgo de disparar; pero hay pocos que se atreven a tener la concha.

He dicho que aquel espectáculo era terrible, tanto que mientras lo contemplaba, mi corazón palpitaba con violencia. Había presentes otros muchos que experimentaban lo mismo que yo, pero ninguno de ellos intervino; pocos se hubieran atrevido a hacerlo, aunque en el caso de que aquellos dos hombres hubieran estado haciendo preparativos para hacerse fuego el uno al otro. Los dos eran hombres de nombradía entre sus camaradas; los tramperos de primera clase.

Garey, después de haber respirado ruidosamente, se quedó firme, adelantó el pie izquierdo algunas pulgadas más que el derecho, y levantando el rifle cuyo cañón apoyó en la palma de su mano izquierda, gritó a su camarada:

—¡Firme, viejo pecador!

Apenas había pronunciado estas palabras, apoyó en el hombro la culata de su rifle.

Hubo un momento de profundo silencio, durante el cual se fijaron todas las miradas en el blanco. Después se oyó el disparo y se vió volar la concha quebrantada en innumerables fragmentos. Los circunstantes vitorearon al hábil tirador. El viejo Ruben se bajó para recoger algunos pedazos de la concha, y después de examinarlos durante un momento, exclamó a voz en grito:

—¡Muchacho, has dado en el mismo centro!

En efecto, la mancha azulada que había dejado la bala, nos probó a todos la verdad de lo que decía el viejo Ruben.

## CAPITULO XIX

### El nuevo Guillermo Tell.

Todos los ojos se volvieron al indio que había permanecido silencioso y tranquilo durante todo el tiempo de la escena que hemos descrito. El indio recorrió el suelo con la vista, como si estuviera buscando algún objeto.

El viejo Ruben, que por este nombre era conocido el hombre desorejado, empleó algunos minutos más en leer

Después esperó guardando el mayor silencio.

rifle.

te trampero, dejando caer en el suelo la culata de su

—Esta bien, hombre; pero date prisa—dijo el impacien-

esta costilla.

me nuevo una línea de aquí hasta que haya limpiado

—Necesitame cuanto quieras, que te aseguro que no

núo Garey en tono que era más bien de ruego.

—¡Ven aquí! Ruben! Te necesito un instante—conti-

comida.

un lobo viejo, incomodado al ver que le turbaban la

entre sus rodillas, royendo, chupando y gruñendo como

núo sentado aquel extraño sujeto, con la cabeza casi ocu-

Después de haber contestado como he dicho ya, conti-

lizo en seguida.

sona de quien me hablaba. Esta explicación me tranqui-

guin la noche anterior. Esta es entonces, pensé, la per-

pronto recordé una observación que había hecho. Se-

Vagaban estas reflexiones por mi mente cuando de

crimen cometido y de un castigo impuesto.

escena terrible de venganza cruel; inspira la idea de un

jas, porque inspira la idea de un drama horrible, de una

presiona en este sentido, en el hombre que no tiene ore-

timiento de temor. Es indudable que existe algo que im-

Este descubrimiento me impresionó con un vago sen-

las orejas.

al verme enfrente de él, vi que lo que le faltaba eran

alguna cosa. Poco tiempo tardé en salir de dudas, porque

vagar debía existir en su cabeza, así como si le faltara

de su traje. Lo que llamaba mi atención haciéndola di-

extraño, algo que era independiente de la peculiaridad

to de curiosidad, observé que había en él un no sé qué

vuelta a su alrededor, guiado solamente por un sentimien-

Al contemplar a aquel hombre, pues había dado una

gen sajón.

francés o al español; más bien parecía pertenecer a ori-

aunque nada había en su fisonomía que recordara al

tijera y su color debía haber sido moreno por naturaleza,

ave, que se hallaba sujeta entre dos ramas menores, continuó suspendida en los aires.

Un murmullo de aprobación resonó entre los espectadores, los cuales eran hombres que no acostumbraban a aplaudir estrepitosamente por un incidente trivial.

El indio, que había vuelto a cargar su arma, se acercó y, después de apuntar con cuidado, envió la bala al mismo punto donde había dado su contrario, de tal manera que cortó la rama del árbol. El ave cayó pesadamente al suelo, en medio de los aplausos de los espectadores, pero principalmente de los cazadores mejicanos e indios.

En un momento la levantaron y, después de examinada, vieron que habían atravesado su cuerpo dos balas de tal manera que cualquiera de las dos la habría matado sin la ayuda de la otra.

En la cara del joven trampero pudo verse entonces reflejada una expresión mal disimulada de desagrado. Haber sido igualado, casi vencido en el uso de su arma favorita, en presencia de tantos cazadores de diferentes naciones, vencido por un indio, y lo que es peor aún, por un rifle tan brillante y vistoso como el que usaba su contrincante, era para él insupportable.

Los cazadores de la montaña desconfían siempre de las armas de fuego cuya caja contiene muchos adornos, y también de las que tiene un calibre muy grande.

Dicen que los rifles muy vistosos, son como las navajas de afeitar muy adornadas, que se hacen de esta manera para cautivar la atención de los ignorantes. Sin embargo, no podía ser más evidente que el rifle del indio, aunque lleno de labores, era un arma excelente.

Se necesitaba toda la fuerza de voluntad que poseía el trampero para ocultar su mal humor. Sin decir una palabra, se puso a cargar su arma con esa tranquilidad estoica que es peculiar a los hombres de su profesión, y observé que procedía en esta operación con un cuidado mucho más grande que el que se tiene por costumbre. Era claro y evidente que no estaba satisfecho con el ensayo que se acababa de llevar a efecto, y quería vencer



ojos, eran pequeños, vivos y penetrantes. Llevaba el pelo, que era muy negro, cortado a punta de

A juzgar por su cara debía tener sesenta años; eran sus facciones duras y un tanto aguilenas; en cuanto a sus

Por su blusa entreabierta se les descubría el pecho y la garganta, los cuales, así como la cara, manos y lo que se le veía de los pies, estaban cubiertos por el sol hasta el punto de que su color era cobrizo. Parecía que se había ahumado a propósito aquel hombre y la ropa que

No se descubrieron en las otras prendas de vestir si se exceptúa un casquete o gorra que había sido de piel de gato, pero el uso la había dejado pelada, quedando sólo el cuero lleno de mugre en armonía con el resto del traje. Gorra, blusa, polainas y sandalias tenían el aspecto de no haberse separado nunca de su cuerpo desde el día que empezó a usarlas, de lo cual debía hacer algunos

No cabe en la imaginación nada más extraño y sorprendente que aquel hombre. Su traje, si tal podía llamarse, era tan sencillo como rústico. Consistía en lo que debía haber sido en otro tiempo una blusa, pero que ya parecía un saco de cuero abierto por el fondo, al cual se habían cosido unas mangas a los lados, de un color oscuro, muy usado, con remiendos en los codos y todo el frente. Se conocía que nunca se había intentado adornarla ni aun con un ribete; había tenido cuello, pero apenas quedaban de él algunos vestigios, y el resto había servido para los remiendos y otros usos. Las polaireas y las sandalias, corrían parejas con la misma piel; parecían haber sido confeccionadas con la misma piel; tenían el mismo color oscuro, los mismos remiendos, el

parecía que lo que tenía ante los ojos era un tronco de un aligodnero forrado con cuero sucio, más bien que un cuerpo humano. Pero acercándose a él, y dando la vuelta para verlo de frente, se veía que era un hombre, aunque sumamente extraño, teniendo entre sus manos una larga costilla de ciervo que estaba pulimentando con la

al indio o ser vencido por éste. Así oí que se lo decía a sus camaradas que estaban a su lado.

Poco tiempo empleó en acabar de cargar su arma. Después, echándosela al hombro, se volvió a la gente que había acudido allí de todos los lados del campamento y dijo:

—Hay una manera de tirar a un blanco, que es tan fácil como cortar un leño. Todo el mundo puede hacerlo bien, con tal que sepa mirar recto por el punto de mira. Pero hay otro modo que no es tan fácil; ¡es preciso ser hombre de nervios para no quedar deslucido!

El trampero hizo una pausa y miró al indio, que estaba también preparando su rifle.

—Escuchad, extranjero—continuó dirigiéndose al último—: ¿tenéis aquí algún camarada que conozca vuestra manera de tirar?

El indio, después de vacilar un momento, contestó:

—¿Se fía vuestro comandante de vuestra puntería?—siguió preguntando el trampero.

—Ya lo creo; pero ¿por qué deseáis saber eso?

—Ahora lo veréis; voy a enseñaros una manera de tirar que solemos poner en práctica en el Fuerte de Berit, cuando queremos contrariar a los que son nuevos en este ejercicio. Como tiro no vale mucho; pero os aseguro que es una prueba a la que no se someterían todos. ¡Eh! ¡Ruben!

—¡Dios te condene! ¿Qué me quieres?

Estas palabras, pronunciadas en un tono de voz enérgico y contrariado, hicieron volver los ojos de todos hacia el sitio de donde salía. Al principio me pareció que no veía a nadie en aquella dirección, pero después de mirar con más atención entre los troncos y leños, descubrí a un individuo sentado junto a una de las hogueras.

Difícil hubiera sido determinar que era un ser humano, a no haber sido porque en aquel instante tenía los brazos en movimiento. Sus espaldas estaban vueltas a los concurrentes, y no se le veía la cabeza, que tenía inclinada hacia el fuego. Desde donde yo me hallaba, me

que la esciera de un reloj de bolsillo. Aquel espectáculo era terrible. No es tan frecuente entre los tramposos de la montaña como pretendían algunos viajeros. Esta prueba demuestra claramente la habilidad del tirador: primero en el caso de que en el blanco, porque hace ver su gran fuerza de voluntad para dominar sus nervios; y después por la confianza que tiene en él la persona que le ayuda, confianza que es un testimonio de mayor fuerza que un juramento. En todos los casos, la proeza de alzar el blanco es por lo menos igual

estaba vuelta hacia el frente. El pulgar e índice que la sujetaban llegaban hasta la mitad de la circunferencia ocultando una parte del borde, de manera que la superficie que se ofrecía a la vista del tirador no era mayor que la de un círculo de radio igual al del cilindro.

—Ea, Garey, tira y así te ahorquen de una vez. La concha era ligeramente cóncava y la concavidad

grito:

ba que iba midiendo la distancia. Cuando llegó a la de sesenta yardas se paró, volvióse, se enderezó y después de juntar sus talones, extendió su brazo derecho levantándole hasta que su mano estuvo al nivel del hombro; entonces, sujetando la concha entre sus dedos de manera que la presentaba de frente.

—Nada temas, armazon de huesos—contestó Garey. Ruben se alejó con paso lento y mesurado, que indica-

estas palabras, había levantado en alto su mano derecha, y pude ver que su dedo pequeño había sido cortado.

han disminuido y no puedo disponer de otras. El viejo trampero, al mismo tiempo que pronunciaba

—Ten cuidado de mis garras, que ya los indios me las

mente:

su lado, le señaló un sitio descubierto y le dijo concisa-

Me pareció comprender que Garey quería prolongar muy hermosa. ¿Tero? ¿que quieres que haga?

Más la conversación; era evidente el grande interés que había excitado en él, el haber hablado Ruben de la india, como si hubiera evocado algún recuerdo amoroso; pero como vio que su compañero se disponía a alejarse de

—Sí, le he visto una vez. Le acompañaba una india



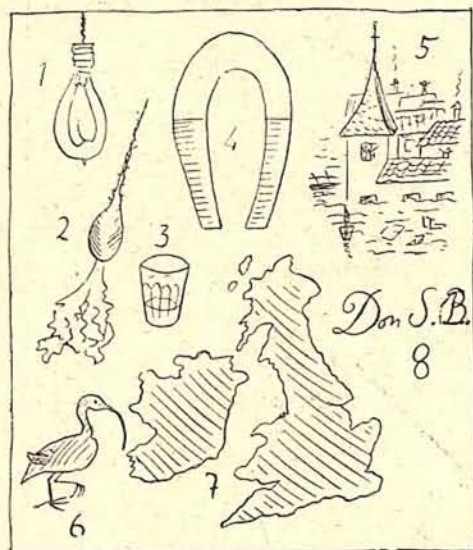


# página del gato adivino

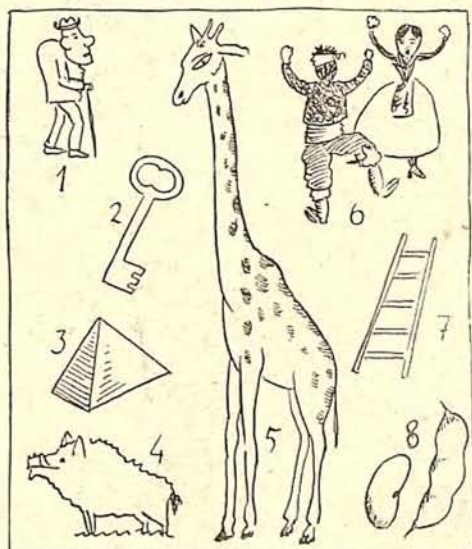


## PASATIEMPOS DE 24 LETRAS

Y DE 12 VILLACABALLENCES ROTOS



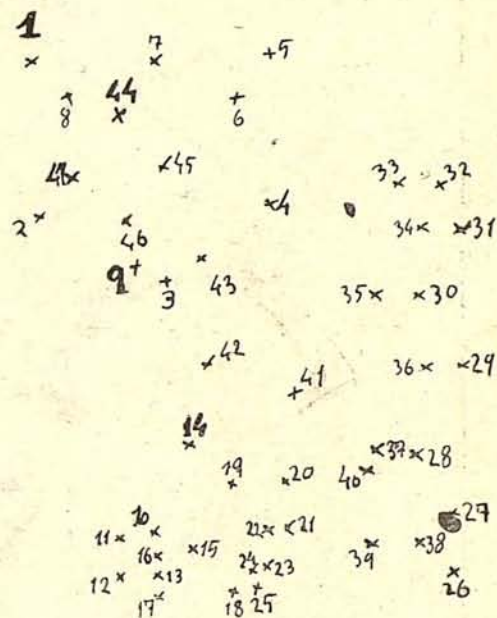
CUADRO NUM. 9: LA I



CUADRO NUM. 10: LA J

Averiguar los números de las CINCO cosas que en el cuadro núm. 9 empiezan por I, y los de las CINCO cosas que en el cuadro núm. 10 empiezan por J, y remitirnos las soluciones después de ser publicado el cuadro núm. 24, y junto con los 12 villacaballenses rotos que se publican aparte, siempre que se remitan ya compuestos. Premios: Para rifar entre las niñas que acierten, maleta con preciosa y riquísima batería de cocina infantil, armario de labores con un maniquí y dos paquetes de libros. Para los niños, gran caja de soldados de plomo, camión automóvil y dos paquetes de libros. Han de remitirse las 36 soluciones JUNTAS.

## Modo de dibujar un Gato Adivino



Unanse en una línea los puntos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 1. Luego los puntos 9, 10, 11, 12 y 13. Después los puntos seguidos desde el 14 hasta el 43. En seguida los puntos 44, 45, 46, 47 y 44. Y, por último, los puntos 44 y 46. Y el que quiera, que ponga luego bigote y lazo. Esto como se hace bien es calcando en otro papel los puntos con lápiz, y borrando los cuando se ha pasado de tinta el dibujo.

### Concurso de postin

#### LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XV, XVI y XVII (Segunda parte), de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"... retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriese, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea, y no te digo más."

Búsquense las bases en el número 19, y el cupón en el número 25.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

## LA RAZA LA MEJOR REVISTA

LAS MEJORES FIRMAS :- LA DE MEJORES

PREMIOS :- LAS MEJORES FOTOGRAFIAS

LA DE MAS ACTUALIDAD :- LA MAS AMENA

LOS JUEVES

40 CTS.

el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



# EL DE LAS PREGUNTAS



(Véase las secciones tituladas "El de las preguntas" y "La persona, el animal y el mueble")